

El problema antinómico fundamental de la metafísica

ANDRÉS ÁVELINO
Universidad de Santo Domingo

Toda metafísica, antigua, moderna o actual, ha buscado siempre al "ser" como fundamento del "aparecer". Y con ello se ha aceptado dos supuestos: la necesaria existencia del "ser" y la existencia de ese "ser" con su correspondiente "aparecer".

Pero antes de discutir el problema antinómico de si existe o no "el ser" con el "aparecer", "el ser" como contenido óntico en sí mismo, encubierto por la forma de un "aparecer" también óntico, pero de una onticidad menos profunda que la del propio "ser", parece necesario discutir si existe o no existe el ser, si existe el ser o la nada. ¿Será éste el problema fundamental de toda metafísica? Sin duda, este problema, de una profundidad que anonada, puesto de lado y apenas rozado a veces por la filosofía occidental, tiene una conexión plena con lo religioso. ¿Es que todo ha de carecer de sentido cuando se duda de la existencia del ser, cuando se plantea el magno problema antinómico de la existencia o no existencia del ser?

No parece sino que la existencia del ser es una exigencia óntica para que todo adquiera sentido.

Pero este sentido no ha de darlo una mera presunta existencia, sino una existencia concebida o constatada por la conciencia filosófica o científica. El filósofo no puede constatar nada; sólo constata el científico. El filósofo sólo puede concebir y discutir concepciones.

Por otra parte, la exigencia óntica de la existencia del ser sólo cabe en el ámbito de la religión, en la mística y en la ciencia. Las dos primeras con un sentido espiritual y en la última con una dirección materialista. En la filosofía esa misma exigencia óntica de la existencia del ser debe ser discutida.

La filosofía como discusión de problemas antinómicos, la filosofía

pura, rebasa todo problema antinómico. El filósofo no puede propiamente tomar posición ante los problemas, su objeto es discutirlos y no imponerlos ni aceptarlos. Toda posición ha de venir como consecuencia de una exhaustiva discusión.

Todo problema antinómico, por su esencia, engendra en el filosofar nuevos problemas antinómicos.

Para contestar la pregunta sobre el problema antinómico fundamental: si existe o no existe el ser, es indispensable discutir dos nuevos problemas antinómicos que surgen de aquel: los problemas antinómicos que brotan a las preguntas: ¿qué es el ser? y ¿qué es la existencia? ¿O es que el ser es la nada, lo que "no aparece", lo que no es "mera manifestación", el espíritu? Estamos frente a un nuevo problema antinómico. ¿Es que "el ser" se identifica con "el aparecer", es mero "aparecer", simple "manifestación"? Pero si "el ser" es mero aparecer, "simple manifestación", dejaría de ser "el ser" para ser "mero aparecer". Pues si "aparecer" no es una categorial falsa, sino un existente, "aparecer" no puede ser "ser", a menos que "el ser" carezca de existencia, y sea así la categorial falsa y no la categorial verdadera que responde a una existencia.

Preguntarse por el ser es, sin duda, suponer su existencia, por lo menos suponer su existencia como "ser" no como "apariciencia". Pues si todo lo que "está ahí", en el mundo, en nosotros y en una supuesta conexión del mundo con nosotros, es realmente existente o el existente fundamental, todo eso que "está ahí" es "el ser" y por tanto huelga la pregunta por "el ser". La pregunta por "el ser" exige la pregunta por la existencia, pero no se puede por ello identificar "al ser" con "la existencia" cual que ésta fuese. El ser es necesariamente existente, pero no se reduce a mero existente en bruto.

Si "la existencia" es "el ser" ¿a qué buscar el ser? Sobre todo si la existencia es un mero "estar ahí" presente ante el espíritu, "el aparecer" o "el ser". ¿Tiene la existencia un grado más de presencia que el ser? ¿Es la existencia toda presencia y el ser todo ausencia o vice versa? He aquí un problema antinómico que exige discusión.

Si "la existencia" es "el ser", "la existencia" se identifica con "el ser", y uno de los dos dejaría de ser, o la existencia, como "aparecer" o el ser como algo que no es simple "manifestación". Pero esto conllevaría la anulación del problema antinómico del "ser" y el "aparecer", del ser y su manifestación.

Nos sale aquí al paso un nuevo problema antinómico. ¿Es que la existencia es “la manifestación”, “el aparecer”, del “ser”? Si la existencia es la manifestación del ser no puede ser idéntica al ser; porque sería manifestación y no ser, sería un modo del ser pero no el ser mismo.

Es cierto que afirmar esto nos lleva a discutir la nomia contraria, esto es, si es posible que el ser se reduzca a sus modos y no tenga existencia en sí mismo, sino sólo en sus manifestaciones. Lo que reduciría el ser a “sus modos”, a su “aparecer”, a su mera existencia de “aparecer” y no de “ser”.

Pero si el ser existe como “ser” y como “modos de ser”, el ser participa de dos existencias: la existencia del “aparecer” y la existencia del “no aparecer”. ¿Es que advertimos al ser en su primera existencia ante nosotros, la del “aparecer” y buscamos su segunda existencia la del “no aparecer”? ¿Estamos enfrentados a un ser de presencia, “el aparecer”, la existencia banal, cotidiana y sensible, y a un ser de ausencia, el “no aparecer”, ser no sensible que huye y se oculta de la presencia, sombra inalcanzable del ser presencial?

Toda metafísica ha sido siempre idealista, todas han buscado el ser; no lo han encontrado en el “aparecer” aunque lo hayan supuesto, pues basta buscar el ser para ser idealista.

Encontrar el ser donde quiera que esté en “el aparecer” o en el “no aparecer”, en la presencia, es lo que es ser realista. Hasta ahora ninguna metafísica o filosofía alguna ha logrado ser realista de modo absoluto. Todas parten de “un modo del ser” para llegar “al ser”. Son a la vez realistas e idealistas. Unas veces el “modo del ser” del que se parte es un supuesto “ser sensible”, que puede ser una substancia material, el átomo o cualquier otra categorial de lo sensible material o el hombre o una conexión híbrida del hombre y del mundo, señalada por la categorial “existencia humana” inauténtica o auténtica.

Encontrar un “modo de ser” privilegiado, para partir de éste en la búsqueda del ser, sin discutir suficientemente ese privilegio, es aceptar un supuesto, es haber obrado afilosóficamente.

Porque el “modo de ser”, “el existente humano”, sea el existente que se pregunta a sí mismo, ¿es suficiente para recibir tal privilegio? Si reconocemos este privilegio —soy el primero en reconocerlo—, surge el problema antinómico de si no se ha arrebatado de inmediato tal privilegio al existente humano al involucrarlo con los demás “modos del ser” no privilegiados.

El “modo de ser” privilegiado, la existencia humana, puede buscar el ser en su propia existencia privilegiada o en las demás existencias no privilegiadas. Pero el “modo de ser privilegiado” ha buscado “el ser” en una existencia híbrida de “lo privilegiado” con lo “no privilegiado” y ha destruído así toda jerarquía en el mundo. Se ha sido ciego para toda distinción de los “modos del ser”. Por ello se ha caído necesariamente en una ausencia total de sentido, en un grosero e integral ateísmo.

Se ve un privilegio óptico para aceptar un determinado “modo del ser” en la partida por la búsqueda del ser, pero de inmediato que se parte en su búsqueda se borra todo privilegio del “ser que se pregunta a sí mismo”, y surge un nuevo “modo de ser” privilegiado híbrido, que ya no puede preguntarse a sí mismo, a menos que “el estar en el mundo”, el *in-der-Welt-sein*, no sea un “modo de ser” que tenga la doble conciencia de “ser en sí” y “ser en el mundo” y pueda preguntarse a sí mismo como “ser en sí y en el mundo” a la vez.

La nomia contraria nos abre a la posibilidad de que “mi ser en sí” no sea un existente, sino una categorial falsa, un supuesto absurdo de toda la historia de la filosofía, y que “mi ser” sea siempre “ser en el mundo” y no “ser en mí”. La existencia humana es el único existente que no está en relación de yuxtaposición, en relación de paridad con los demás existentes. El existente humano no es un ser en el mundo sino un ser-contra-el-mundo, pues el único existente que tiene conciencia de su existencia y de toda otra existencia es el existente humano. Los demás existentes están en el mundo, menos el existente humano que advierte su existencia por su natural contraposición con los demás existentes, motivos de su preocupación.

Con esto surge un nuevo problema antinómico: ¿existe “el ser en sí” o “el ser en otro”?

“El ser” sólo puede existir “en sí”, y no en “otro ser”, pues si los seres existiesen los unos en los otros es muy posible que se perturbasen sus propias existencias y se anulasen los unos a los otros. Esta es la razón de ser de todo caos. Los seres para no dejar de ser, para no ser tragados por la vorágine del caos o volver a la nada, tienen que ser cerrados en sí mismos, fijos e inconexos. Este involucramiento de los seres ha traído como consecuencia el caos metafísico, moral y religioso.

¿Cómo podría “un ser” ser en otro ser? Para que un ser pudiese ser en otro ser, el ser tendría que ser ubicuo. El ser tendría que ser “un ser” y “otro ser”. El ser, para ser tendría que ser dos veces ser. No tiene sentido esta dupla existencia del ser. Es cierto que el ser humano se advierte a sí mismo en la preocupación por los otros seres.

Un “modo de ser” no puede existir en “otro modo de ser”, pues los “modos del ser” o son participaciones del “ser”, o son “seres en sí mismos”. Si son seres en sí mismos hemos visto que no pueden ser “seres en otros”.

Queda por discutir el problema antinómico de si los “modos del ser” existen o no existen en “el ser”. Si “los modos del ser” existen en “el ser” son el ser mismo, y el ser dejaría de ser “el ser” como ente distinto de “sus modos de ser” y sería idéntico a “sus modos de ser”.

El ser existiría sólo como “modos de ser” y no como “ser en sí” y la metafísica carecería de objeto. Sólo la ciencia tendría verdadera objetividad.

En este caso la metafísica no ha debido buscar al “ser”, sino meramente señalar al “ser” en “sus modos de ser”, en su “aparecer”, en su manifestación, en su mera existencia de “aparecer”.

Pero “el ser” podría tener una existencia distinta de “los modos del ser”. Choca, sin duda, pedir —lo que la metafísica de todos los tiempos realmente ha pedido— una existencia del “ser” distinta de los “modos del ser”. La metafísica sólo adquiere sentido, con los supuestos de un “aparecer” y un “no aparecer”, una “existencia” y un “ser” contrapuestos, que ópticamente son en sí antinómicos.

Para que la metafísica tradicional pueda existir, los “modos del ser” tienen que ser distintos del ser, pues sólo así tiene sentido buscar el ser, no estando los “modos del ser”, en “el ser”, sino fuera del “ser”, en sí mismos. Pero si esto es así, los “modos del ser” son a su vez “seres en sí mismos” según esta categorial.

Los “modos del ser” son seres proyectados por el ser fuera de sí mismo. Pero como los “modos del ser” son “el aparecer del ser”, su “manifestación”, el ser es distinto de como se manifiesta. El ser sería a la vez “ser inmanifestado” y “ser en manifestación”, ser “en existencia”. Surgen aquí nuevos problemas antinómicos: ¿puede el ser existir sin manifestarse? lo que equivale a esto otro: ¿puede “el ser” ser sin existir? En el modo de ser “ser humano”, el ser es acto,

manifestación, “mera existencia”. La persona es acto puro, mera existencia como manifestación del “ser no existente en manifestación” que es Dios. Dios existe como ser puro, ser inmanifestado en la existencia, que es el espíritu, o la Nada. Sólo Dios puede ser “el ser”, lo inmanifestado en una existencia no existente en “el aparecer”. Esto explica la vieja categorial de que “en Dios se identifican la esencia y la existencia”.

Pero Dios no tiene lugar en el mundo, Dios es el ser extramundano. Dios está fuera del mundo. Dios no puede haberse introducido a sí mismo en este mundo creado por él, para revelarse. Dios es inexistente en este mundo como existencia de este mundo. Sólo a través del existente humano Dios se insinúa en la existencia de manifestación en este mundo, pues el existente humano es a la vez manifestación, “aparecer” y ser en este mundo. El existente humano participa del ser, pero no del ser pleno porque es también manifestación. En el mundo sólo existe la manifestación, no el ser. Por eso la metafísica no ha podido jamás encontrar “el ser”, porque “el ser” no puede estar en este mundo. En el mundo sólo se da la manifestación, la existencia manifestada.

La ciencia busca “el ser” en el mundo, y está en lo cierto, pues a la ciencia lo que le interesa son los “modos del ser”, lo que se manifiesta. Pero a la metafísica no le interesa “el ser en el mundo”, sino el ser en sí mismo, y un “ser en sí” no puede ser “un ser en lo otro”, un “ser en el mundo”.

Las metafísicas de todos los tiempos, inclusive las modernas y las actuales, han seguido el método científico de buscar el ser en este mundo. Pero a la metafísica no le interesa “el ser en el mundo”, sino el ser en sí mismo, y un “ser en sí” no puede ser “un ser en lo otro”, ni “ser en el mundo”.

Las metafísicas de todos los tiempos, inclusive las modernas y las actuales han seguido el método científico de buscar el ser en este mundo. Metafísicas científicas e inductivas que partiendo de un determinado “modo de ser” pretenden hallar el ser en el mundo.

El método de la metafísica ha de ser otro. No se debe partir de un determinado “modo del ser” para ir en busca del ser, pues el ser no se halla en los modos del ser sino fuera de ellos. Lo que la metafísica tiene que buscar no es “el ser en el mundo” sino por el contrario “el ser fuera del mundo”, que es el verdadero ser, el ser unidad.

El ser en este mundo sería un ser en multiplicidad manifestada, los "modos del ser" y no "el ser" mismo.

Pero "el ser", el "ser fuera del mundo", sólo se obtiene por revelación y no por búsqueda.

No es ser que buscamos sino ser que viene hacia nosotros. Como el metafísico y el filósofo se empecinan en buscar en este mundo "el ser", que por su esencia no es buscable, que no puede de ningún modo encontrarse en el mundo, la metafísica y la filosofía han naufragado en una búsqueda del ser en lo existente. El existente humano, sólo cae momentáneamente en el mundo en existencia inauténtica, cuando deja de ser existencia auténtica, existencia consciente de sí misma, que contempla toda otra existencia, pero no se preocupa por ninguna otra existencia.

Esto nos lleva a una nueva inusitada perspectiva de la metafísica. La metafísica y la filosofía no tienen por objeto buscar el ser. El ser sólo puede ser encontrado y sólo se encuentra en la religión.

La metafísica y la filosofía sólo discuten los problemas antinómicos acerca del ser. El objeto de la metafísica no es, pues, el ser, sino el problema antinómico que el hombre se plantea acerca del ser. Como ese problema antinómico, no puede ser nada óntico substancial, no puede sino ser una categorial de pensamiento antinómico.

La esencia de toda metafísica y de toda filosofía ha de ser categorial.

No nos dirigimos, en la metafísica y en la filosofía, *zu den Sachen selbst*, hacia las cosas mismas, sino hacia el ser mismo. Pero al dirigirnos hacia el mismo ser, nos damos cuenta que no podemos asir el ser; que el ser no está donde creíamos ingenuamente que estaba. La ciencia y la metafísica creen firmemente que han encontrado el ser. La filosofía advierte que no hemos captado "el ser" ni en la ciencia, ni en la metafísica, ni en la filosofía misma. En vez del ser la ciencia sólo ha aprehendido categoriales de señalamiento y de distinción de los "modos del ser"; pero la ciencia cree firmemente que las categoriales de señalamiento (meras etiquetas significativas), son los "modos del ser" mismo. Los "modos del ser" son también para la filosofía una etiqueta categorial, puesto que ella no puede salir de los problemas antinómicos sin caer de plano en el terreno de lo científico, ámbito en el que no existe el problema antinómico sino todo allí es "dato óntico constatado" por la magia dogmática de los científicos. La

ciencia es un todo cerrado y la filosofía una esfera hermélica entre los que no puede haber conexión ni intercambio alguno.

La ciencia llega a veces a vislumbrar categoriales de concepción de "los modos del ser". En ciertos casos encuentra correspondencia entre sus categoriales del ser y los "modos del ser", pero esto sólo sucede en dos casos, cuando esas categoriales de concepción señalan meras relaciones o comportamiento de los "modos del ser", de las existencias y en el caso más común, cuando la categorial señala un "modo del ser", que es sensiblemente existente, siempre la categorial señalará ese "modo del ser", simplemente porque la categorial de señalamiento o de concepción, ha sido una mera etiqueta que le hemos puesto al "modo del ser", a la existencia óptica desconocida en su propia y *sui generis* onticidad.

Es propio que si a este determinado "modo del ser" lo señalamos y distinguimos con la categorial "átomo", y a aquel otro lo destacamos con la categorial de "existencia humana" o de "*Dasein*", se correspondan siempre con las categoriales de señalamiento y de concepción con las cuales los distinguimos de los otros "modos del ser".

Pero no quiere decir esto de ningún modo que "el átomo" es el átomo y "el *Dasein*" es el *Dasein*; que la categorial "átomo" es el mismo "modo del ser", la "onticidad misma" que pretendemos aprehender con esas categoriales significativas.

Tampoco las categoriales de señalamiento y distinción, "Pedro" y "Juan", son lo que las personas que aquellas significaciones señalan como determinados "modos del ser" existencial, son en sí mismos en su propia onticidad.

En la filosofía, las categoriales de señalamiento y de concepción son categoriales de concepción antinómicamente problemáticas. Todas dan lugar a un problema antinómico. La categorial "substancia" señala en la ciencia una determinada onticidad, un específico "modo del ser", sobre cuya existencia no se ha arrojado ninguna duda, se considera existente de modo absoluto. Y aunque la metafísica y aun la filosofía han aceptado también este "modo del ser" como existente con toda evidencia, en la filosofía el problema no consiste en aceptar o constatar la existencia de la substancia, sino en discutir el problema antinómico de si existe o no existe la substancia. Es muy conocido el caso del famoso filósofo negador de modo directo de la substancia y quien por cierto la negó después de una detenida discusión sobre su

existencia o no existencia. En la filosofía ha habido también otros negadores indirectos de la existencia óptica de la substancia: los nominalistas, los idealistas y hasta cierto punto los existencialistas. No me interesa tomar aquí partido en la discusión de este problema antinómico de la existencia de la substancia; ya lo he hecho en otra parte, en los *Prolegómenos a la única metafísica posible*. Lo he traído sólo a cuento para señalar que lo que es más incommovible en la ciencia y aun en la metafísica, la categorial "substancia", en la filosofía se torna en problema antinómico, en motivo de discusión.

Si todo en la metafísica y en la filosofía está sometido a discusión, porque no tenemos seguridad de si tratamos con los contenidos ópticos mismos, con los "modos del ser" en cuanto tal, el método de la metafísica y de la filosofía será, no ir de los supuestos contenidos a las formas, sino de las formas, de las categoriales, a los contenidos.

La crisis de los fundamentos en la metafísica y en la filosofía no tiene el mismo sentido que la crisis de los fundamentos en las ciencias. En éstas la crisis del fundamento llega muy tarde, cuando la ciencia se ha desenvuelto en cierto grado, de tal modo que sus problemas nómicos son vistos como problemas antinómicos. En la metafísica y en la filosofía la crisis de los fundamentos comienza con el alborar de la metafísica y de la filosofía misma, pues metafísica y filosofía son en sí crítica de los fundamentos, discusión de los problemas antinómicos de los fundamentos. Ahora mismo discutimos aquí la crisis de los fundamentos de la metafísica, el problema antinómico de averiguar lo que es la metafísica en sí misma, que es un problema tan antiguo como la propia metafísica.